

Entre Piglia y Borges. Escenas de lectura y política

Martina López Casanova
Universidad Nacional de General Sarmiento

Las cavilaciones sobre cómo narrar, sabemos, se complementan, explícitamente o no, con las que enfocan cómo leer. Retomando a Borges, Ricardo Piglia reinstaló las primeras en *Respiración Artificial* (1980) sobre las que ha vuelto no pocas veces como lo muestran, entre numerosas intervenciones, las distintas veces que desde fines de siglo a 2014 publicó su artículo “Una propuesta para el próximo milenio”.¹ Destacaba allí la funcionalidad de una focalización desplazada, distanciada, para narrar el horror del Terrorismo de Estado. Transversalmente se ha dedicado a pensar la lectura; *El último lector* (2005) figuraría a modo de caleidoscopio las correspondencias entre las variaciones de la cuestión.

En la medida en que la teoría y buena parte de la literatura contemporánea se conciben recíprocamente, imaginamos un diálogo (verosímil, si no verdadero) centralmente entre dos textos: uno crítico, “Ernesto Guevara, rastros de una lectura” [EGRL] de *El último lector* [EUL] y un cuento de Borges, “El Evangelio según Marcos” [EEM] de *El informe de Brodie* (1970) [EIB]. En ese encuentro podría entreverse el perfil político de una teoría de la lectura.

¹ Lo citamos de *Antología personal* (2014). Allí se refiere una publicación anterior: *Margens/Márgenes. Revista de Cultura*. N° 2, San Pablo, Octubre de 2001. Pero antes aparece en 1999 en el libro de la revista *Viva de Clarín: Argentinos, retratos de fin del milenio*. Piglia propone la sexta tesis que Ítalo Calvino no llegó a elaborar en 1985 para una serie de conferencias en la Universidad de Harvard: *Seis propuestas para el próximo milenio*. Desde la experiencia periférica Piglia propone y realiza la focalización desplazada.

Piglia/Borges y escritura/lectura, sin orden fijo para sus términos, son escalas de la *relación* entendida como cuestión en sí. En efecto, un modo escribir borgeano –que es también un modo de leer y de conocer– comprende la *relación* como núcleo o sustancia. La idea se vuelve imagen en una de las notas de Borges registradas en el Catálogo de la Colección Jorge Luis Borges de la Biblioteca Nacional (2010). Allí, a propósito de *Between Man and Man* de Martín Buber, apunta: “el entre es lo esencial pero no es percibido porque varía”. E inmediatamente agrega: “ejemplo de un diálogo [...], un abrazo, un duelo” (Rosato y Álvarez: 70; “entre” subrayado en Borges).

Piglia, *EUL* / *EGRL*

Un Prólogo-cuento, cinco ensayos que jalonan la cuestión del lector representado en la literatura en distintas escenas y perfiles, un epílogo que explicita el concepto de “último lector” y en el que el libro se descifra en primera persona como serie de modos de leer en el recuerdo del escritor. Vida del lector y escritura del íntimo recorrido: sobre esta relación el libro de Piglia se constituye como una configuración de correspondencias.

Aludido, Borges habita en la ficción del Prólogo: el narrador visita al fotógrafo que vive en el barrio de Flores (¿Arlt?), en cuya casa, arriba, escalera circular mediante, encuentra la construcción de la ciudad en escala microscópica y “fuera del tiempo” (16) como los “hechos graves” de “Emma Zunz”. Como en “El Aleph”, decir qué se vio supone narrar la experiencia de ver:

Quando llegué arriba me cegó la luz. El atillo era circular y el techo era de vidrio.
Una claridad nítida inundaba el lugar.

Vi una puerta y un catre, vi un Cristo en la pared del fondo y en el centro del cuarto, distante y cercana, vi la ciudad y lo que vi era más real que la realidad, más indefinido y más puro (16).

El narrador se aleja de la casa del fotógrafo y el relato cierra con la confirmación de un saber: “Entonces comprendí lo que ya sabía. Lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño” (17). El narrador sale habilitado por el fotógrafo (como Horacio por Hamlet) para contar lo que vio.

El primer capítulo “¿Qué es un lector?” parte de una foto de Borges en la Biblioteca Nacional, en la que está con un libro pegado a la cara. Lector miope, casi ciego; esta es la escena inaugural que permite dos intervenciones: 1) pensar los rasgos de la lectura: distancia y escala, arte de la réplica, búsqueda de algo perdido u olvidado (una lengua primitiva, un saber); 2) plantear que la pregunta por el lector es la pregunta por la literatura.

En la doble conceptualización de la lectura (“un arte de la microscopia, de la perspectiva y del espacio”, y “una cuestión de óptica, de luz, una dimensión de la física”) se enlazan el primer capítulo y el Prólogo-cuento. Se suma la correlación con la (“sexta”) propuesta de Piglia para la literatura del nuevo milenio: narrar desde el distanciamiento e incluir en el foco la perspectiva desplazada. Con la pregunta por el lector se vuelve sobre el Prólogo; en uno se teoriza, en otro se narra la experiencia de ver, de leer, subyacente en la teoría. La respuesta a qué es un lector es corolario del primer capítulo: “es un relato: inquietante, singular y siempre distinto” (25).

Quién lee, qué lee, en qué condiciones... La literatura misma responde en distintas representaciones de lectura “con sus relaciones de propiedad y sus modos de apropiación” (24). *EUL* recorre algunas de ellas. Después del lector ciego y adicto: una mujer lectora (“Un

relato sobre Kafka”), el lector detective en el policial (“Lectores imaginarios”), el intelectual/guerrillero (“Ernesto Guevara, rastros de una lectura”), la mujer que lee en el tren (“La linterna de Anna Karenina”), la lectura de Joyce en clave formalista (“Cómo está hecho el *Ulysses*”). Las relaciones entre vida y lectura se configuran en estas escenas.

Jorge Fonet advierte en ellas “algo distorsionado o como fuera de foco” (219); lectores de clausura, los últimos lectores abren un modo de leer en línea con Don Quijote. Del mismo modo, Piglia lector crítico cierra y abre para el nuevo milenio la escritura literaria local (propia) desplazada. Tal vez el Che encarna una figura similar a través del pasaje del proyecto de ser escritor, del joven médico, al revolucionario. La relación entre lectura y vida cifra en el Guevara leído por Piglia la tensión entre el tópico –y el hombre– de las armas y las letras.

Algunos rasgos de la lectura que aparecen en el primer capítulo se observan también en el dedicado a Guevara. En ambos se plantea que, más que consistir en la búsqueda de sentido, la lectura lleva a la experiencia; digamos recordando a Lotman que la lectura modeliza la experiencia por venir y, a la vez, lo leído se acuña como algo vivido. La lectura constituye experiencia en sí.

Figura extrema del intelectual, el Che encarna el lector visionario, el pedagogo, cuyo saber libresco se convierte (debe convertirse) en acción y en la creación de una nueva conciencia. La escena culminante es la de la muerte con dignidad que le ha destinado un cuento de London. En la última escena, alegórica, del texto de Piglia, la lectura formalizadora de experiencia permite a Guevara reunir al hombre de las armas y al de las letras. En la escuelita de La Higuera, la noche antes de ser asesinado por algún soldado del ejército

boliviano, Guevara recibe una acción caritativa de un solo personaje, la maestra, que le trae comida:

Quando entra, está el Che tirado, herido, en el piso del aula. Entonces –y esto es lo último que dice Guevara, sus últimas palabras– Guevara le señala a la maestra una frase [...] en la pizarra y le dice que está mal escrita [...] “Le falta el acento”. Hace esta pequeña recomendación a la maestra. La pedagogía siempre, hasta el último momento. La frase [...] es “Yo sé leer” (137).

Que al final de su vida vuelva de ese modo la lectura “es como un oráculo, una cristalización perfecta” (138).

Destaco tres aspectos que marca Piglia sobre la figura de Guevara lector y sus escenas de lectura en la relación con la experiencia: 1) el lector aislado del grupo, excepcional; 2) la acción en el encuentro con el otro como compañero y/o como víctima social; 3) la búsqueda de una ética de un cristianismo primitivo (135). En el entrecruzamiento de estas variables el sacrificio es modelo de acción: “El Che plantea una relación, nunca probada, entre ascetismo y conciencia política [...]. La guerrilla funciona como un estado microscópico que vive siempre en estado de excepción” (134). La *relación* siempre.

Desde el inicio del libro, Borges gravita fundacional como el primer lector. El otro lector argentino es Guevara. El título “Ernesto Guevara, rastros de una lectura” podría referir, además de los rastros de las lecturas del héroe en la concreción de sus acciones, los de las lecturas de Piglia. Es interesante el cambio de título de este ensayo al pasar a la *Antología personal*: “Ernesto Guevara, el último lector”. Por desplazamiento, en la síntesis del original y el del libro donde aparece por primera vez, el título se vuelve una clave para volver sobre el texto.

Volvamos a “los rastros” del primer título. El personaje lector Guevara parece provenir de una lectura de Borges. El lector trágico, perdido entre signos, cobra una nueva dimensión; dice Piglia: “El síntoma Dalhmann ya no es la acción como encuentro con el otro, el bárbaro, sino la acción como encuentro con el compañero, con la víctima social, con los desposeídos” (127). Pero, desde nuestra perspectiva, los “rastros” también podrían ser los que deja en sus desplazamientos e inversiones una lectura de “El Evangelio según Marcos”. Piglia le dedica a este cuento solo unas líneas en otro capítulo, allí confronta modos de leer la Biblia en *Robinson Crusoe*, en EEM y en *Los siete locos* de Roberto Arlt; pensamos ahora otras relaciones.

Borges, EEM

Baltasar Espinoza, porteño, estudiante de medicina, acepta la invitación de Daniel, su primo, para pasar unas vacaciones en la estancia en Junín. El primo debe ausentarse por negocios y Espinoza queda con “los Gutres”: el capataz y sus hijos. Comienza un diluvio y la estancia queda aislada. Espinoza lee/traduce para los Gutres (que eran analfabetos) una Biblia en inglés: el Evangelio según Marcos. Los Gutres preguntarán si Cristo muere en la cruz para salvar a todos, incluso a quienes lo sacrificaron. Finalmente, crucifican a Espinoza.

El cuento se publica en *EIB* en 1970. Beatriz Sarlo toma esa fecha en *La Pasión y la excepción* (2003) como inicio de una etapa en la que la violencia política alcanza una especial densidad: tiene en cuenta el libro de Borges (en particular el cuento “El otro duelo” publicado significativamente en *Los Libros* poco antes de la aparición de *El informe...*) y el secuestro y asesinato de Aramburu por Montoneros.

Pensemos 1970 también como acceso de lectura de EEM. Tiempos de lucha política en gran medida superpuesta a la lectura y escritura literarias, el cuento dialoga inevitablemente con ese mundo no sólo que habita sino también conforma: Guevara ha sido asesinado tres años antes de la publicación.

Otra fecha que importa destacar es 1928, tiempo de los hechos narrados en el cuento. ¿A qué sucesos remite, podría remitir, tal fecha en relación con lo que Borges escenifica en el texto? Dicho de otro modo: ¿qué remisiones podrían leerse allí?

En primer lugar, nos trae el campo literario de la década del 20. Justamente año de la publicación de “El idioma de los argentinos”, 1928 inicia la discusión que protagonizarán en los años siguientes José María Monner Sans y Roberto Arlt sobre la valoración de la lengua propia frente al castellano de España (Saítta 2005). Por otra parte, en 1926 se había publicado *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, libro mencionado en EEM. Güiraldes y Borges coinciden en su postura crítica respecto de Lugones, pero luego se alejan: como en correspondencia, en EEM los Gutres rechazan el libro de Güiraldes porque la representación de la vida del arriero (la propia) no les ofrece ninguna sorpresa, ningún nuevo saber. Por último, tenemos en cuenta el mapa, que traza Jorge B. Rivera (2000), de una literatura que dialoga con el discurso evangelizante de la década del 20, frente a la que Arlt ubica a Ergueta en *Los siete locos*. En EEM, entonces, “1928” podría marcar una vuelta sobre aquellas discusiones del campo literario para continuarlas o resignificarlas en el contexto de la nueva discusión política sobre cultura popular (años 60-70), cuando se publica *EIB*.

En segundo lugar, en 1928 nace Ernesto Guevara. Contraponemos el personaje Guevara de Piglia con Espinoza de Borges. Si el primero interviene como médico, el segundo cura a una ternerita de los Gutres. Si Guevara encarna la conciencia social de la acción

revolucionaria como ética cristiana del sacrificio heroico por todos, Espinoza se desinteresa y se desliga explícitamente del compromiso social (en relación, Borges adelanta en el Prólogo: “no soy un escritor comprometido”); el “sacrificio cristiano” es en el cuento la repetición desplazada de una escena. En soledad, el Che lee para configurarse políticamente; Espinoza, para pasar el tiempo. Si la guerrilla funciona como un Estado en escala microscópica, la relación Espinoza/Gutres resume el conflicto de civilización/barbarie.

Siguiendo estas coordenadas, observemos en el cuento algunos puntos correspondientes al pasaje de la lectura de la Biblia a la acción, es decir, a la historia.

Uno. Los Gutres son lectores/escuchas que prefieren volver sobre la misma lectura; cuando Espinoza propone continuar con otros evangelios, Gutre pide que repita el de Marcos: “Espinoza sintió que eran como niños, a quienes la repetición agrada más que la variación o la novedad”, dice el narrador (1071). La referencia remite a varias declaraciones del autor sobre sus propios gustos; volviendo a las simetrías, citamos una de 1928: en “La fruición literaria”, *El idioma de los argentinos*, dice: “debo confesar (no sin lástima y conciencia de mi pobreza) que releo con un muy recordativo placer y que las lecturas nuevas no me entusiasman (Rosato y Álvarez 2010: 28).

Dos. Los Gutres llevan a cabo (de hecho) una acción política modelizada por la lectura, pero la lectura es realizada, oralizada y repetida, por otro: el médico visitante. Le piden que repita la lectura y ellos repiten, desplazada, la acción: respecto de la escena del Che figurada por Piglia, leída hacia atrás, en Borges hay un desdoblamiento y un desplazamiento. Los Gutres crucifican al burgués, al pedagogo que les lee, y así lo convierten paradójicamente en su redentor; un desplazamiento, una inversión respecto del texto de Piglia. ¿Es EEM una versión precursora (pero desacralizada) del asesinato del Che en Piglia, en la

que (como Guevara) los Gutres (más Quijotes que Don Quijote) concretan la lectura en la vida?

Centrémonos en Espinoza. Por un lado, el texto remite a Borges en el relato de la tensión entre los dos linajes del personaje: padre librepensador, madre católica. No obstante, la imagen de *Autor* parecería acercarse también a Marcos, el hablante pragmático del texto: en el prólogo de *EIB* Borges explicita (equívoco) su intención de una escritura directa de cuentos realistas.

Otros “rastros” en el nombre de Baltasar Espinoza. Más que una contradicción biográfica, se entrecruzan en él la tradición española de Gracián y la de Baruj Spinoza.² Con el último parecería animarse la disolución de las ideas del bien y el mal (Deleuze 2008) que históricamente signan el tópico de civilización y barbarie; en efecto, la crucifixión en EEM no es el asesinato del estudiante judío de “La fiesta del monstruo”. Por otro lado, el *error* tampoco estaría sólo en el modo de leer/entender de los Gutres; Espinoza sueña vagas premoniciones de lo que vendrá (*lo sabe*), pero tampoco puede descifrar a los Gutres. Mundos paralelos y complementarios; en el pasado una lengua común: el inglés también está en los antepasados de los Gutres.

Spinoza no solo está, entonces, en el nombre españolizado del personaje, sino en la construcción misma del relato. La ética pasa por la potencia que define al hombre como un hacer/se; la lectura, por lo que se puede hacer con ella: su puesta en acción política, su puesta

² La traducción española de la *Ética* consultada incluye un prólogo que lee a Spinoza en relación con la tradición literario-filosófica española.

en escritura. En 1970, al calor de la historia, Baruj Spinoza provee a Borges de una matriz de lectura propicia para actualizar la escritura del conflicto entre el letrado y el otro.³

En *EUL*, EEM aparece pocas veces mencionado. Pero la escena final del cuento (“Espinoza entendió lo que le esperaba del otro lado de la puerta. Cuando la abrieron, vio el firmamento [...] El galpón estaba sin techo, habían arrancado las vigas para construir la Cruz” (1072)) resuena en el Prólogo-ficción de Piglia, cuando el narrador ve la ciudad en el altillo en la que (habíamos citado) hay en microescala un Cristo en el fondo. En correspondencia, destacamos otro “rastros de lectura” en el capítulo sobre Guevara. El saber que alcanza Espinosa cuando va a morir fue anunciado al comienzo del texto de Borges: “Con el tiempo llegaría a distinguir los pájaros por el grito” (1069) se anticipa. Que antes de la crucifixión, justo cuando ve la Cruz y conoce su destino, irrumpa ese saber en el mundo representado y en la narración con la indicación (el indicio) “Un pájaro gritó; pensó: es un jilguero” es (decimos como Piglia apunta sobre la frase que Guevara lee y corrige antes de ser asesinado) “un oráculo, una cristalización perfecta”. En el Prólogo-cuento de *EUL*, antes del ascenso al altillo, el narrador también corta la escena: “Hubo un silencio. Lejos se oyó el grito *repetido* de un pájaro” (15, cursivas nuestras).

En la ficción teórica, inversiones y desplazamientos son huellas de los modos en que Piglia lee a Borges, como las lecturas de y sobre Spinoza por parte de Borges son la matriz literaria de no pocos de sus textos. Relaciones, repeticiones, espejos, sueños... la lectura no solo deja sus “rastros”: sobre todo provee de una matriz política de escritura, que revela la

³ Borges dedicó a Spinoza al menos dos conferencias, dos poemas y un vasto conjunto de referencias y alusiones.

experiencia prefigurada. Entre *leer* y *escribir*, la tensión de un *hacer* siempre desplazado constituye el puente.

Referencias bibliográficas

- Borges, Jorge Luis (1974) [1970]. “Prólogo”. En *El informe de Brodie. Obras Completas. 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé. 1021-1023.
- (1974) [1970]. “El Evangelio según Marcos”. En *El informe de Brodie. Obras Completas. 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé. 1068-1072.
- Espinoza, Baruch (1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Traducción de Vidal Peña. Madrid: Ediciones Orbis.
- Deleuze, Gilles (2008) [1980-1]. *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.
- Fornet, Jorge (2007). “Apéndice. Seis apuntes en torno de *El último lector*”. En *El escritor y la tradición. Ricardo Piglia y la literatura argentina*. Buenos Aires: FCE. 211-223.
- Piglia, Ricardo (2005). “Ernesto Guevara, rastros de una lectura”. En *El último lector*. Barcelona: Anagrama. 103-138.
- (2014). “Una propuesta para el próximo milenio”. En *Antología Personal*. Buenos Aires: FCE. 263-200.
- Rivera, Jorge B. (2000). *Territorio Borges y otros ensayos breves*. Buenos Aires: ATUEL.
- Rosato, Laura y Álvarez, Germán (2010). *Borges, libros y lecturas. Catálogo de la colección Jorge Luis Borges en la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Saítta, Sylvia (2005). “Jorge Luis Borges, lector de Roberto Arlt”. En Sandra Contreras y Martín Prieto (comps.). *Los clásicos argentinos. Sarmiento - Hernández - Borges – Arlt*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario. 127-138.
- Sarlo, Beatriz (2003). *La pasión y la excepción. Eva Borges y el asesinato de Aramburu*. Buenos Aires: Siglo XXI.